

O

REVISTAS ORACIONES

VIERNES 17 DE NOVIEMBRE DE 2023

REVISTA DE
LITURGIA Y ORACIÓN

EL ARTE DE CELEBRAR

¿LITURGIA SINODAL?

PARA TI ES MI MÚSICA

LITURGIA EN SALIDA

EL ARTE DE ORAR

CAMINAR JUNTOS EN DIVERSIDAD ORANTE

LITURGIA Y PIEDAD

LA ORACIÓN PERSONAL DEBE SER TAMBIÉN SINODAL

AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

LOS MINISTERIOS (SERVICIOS) EN CLAVE SINODAL



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración

"CAMINO DISCIPULAR MISIONERO"

PARA SEMBRAR LA
ESPERANZA, CULTIVAR LA FE Y
COSECHAR LA CARIDAD



CONTENIDO

PÁG.

3

EL ARTE DE

CELEBRAR

¿LITURGIA SINODAL?



PÁG.

5

PARA TI ES MI

MÚSICA

LITURGIA EN SALIDA



PÁG.

7

EL ARTE DE

ORAR

CAMINAR JUNTOS EN DIVERSIDAD ORANTE

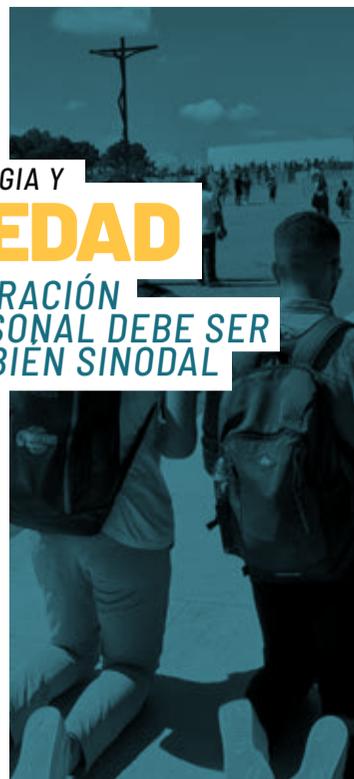
PÁG.

9

LITURGIA Y

PIEDAD

LA ORACIÓN PERSONAL DEBE SER TAMBIÉN SINODAL



PÁG.

11

AL SERVICIO DE LA

ASAMBLEA

LOS MINISTERIOS (SERVICIOS) EN CLAVE SINODAL



PÁG.

13

AUTOR

INVITADO

P. WILSON COBALEDA

CAMINO DISCIPULAR MISIONERO
PARA SEMBRAR LA ESPERANZA, CULTIVAR LA FE Y COSECHAR LA CARIDAD

CRÉDITOS

TEXTOS:
Coordinación de vida litúrgica y oración
Arquidiócesis de Bogotá

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:
Mary Jazmín Quitián Vanegas

FOTOGRAFÍA:
Cathopic.com / freepik.es



EN EL PLANO DE LA LITURGIA,
LA EXPRESIÓN VISIBLE DE
NUESTRO "SER IGLESIA" SE
MANIFIESTA A TRAVÉS DE LA
ASAMBLEA LITÚRGICA.

¿LITURGIA SINODAL?

Sinodalidad y liturgia son dos conceptos que inevitablemente se correlacionan. La reciente celebración del Sínodo, enriquecida por el largo y fructuoso proceso previo de reflexión y preparación en el mundo entero, nos ha ayudado a comprender mejor que la condición de sinodalidad es identitaria a la esencia misma de la Iglesia. La palabra "sínodo", que significa "caminar con", indica de inmejorable la consecuencia lógica de nuestro ser "Iglesia": pueblo "convocado" por Dios en virtud del bautismo que formando un solo cuerpo está llamado a la unidad mediante la experiencia de la comunión y al servicio a través del testimonio y la misión.

En el plano de la liturgia, la expresión visible de nuestro "ser Iglesia" o, dicho en términos sinodales, de la acción de "caminar juntos", se manifiesta a través de la asamblea litúrgica. Los que por la fe confiesan a un mismo Señor, se congregan en torno a los misterios sagrados

**Así como no es posible
concebir una Iglesia al margen
de la comunidad, tampoco lo
es concebir la liturgia
celebrada exenta de la
asamblea**

para glorificar al Padre y procurar su santificación. La celebración de la liturgia, por tanto, reúne en torno al culto al pueblo santo y fiel de Dios, convirtiendo esta congregación no en un conglomerado de individuos que de manera aislada celebran su fe, sino en una verdadera sinfonía de almas que, en el ámbito específico de la ritualidad, deben seguir siendo expresión de una Iglesia sinodal, que ha aprendido no solo a estar o a caminar juntos, sino a gustar de su condición de comunidad creyente y orante.

A este punto conviene recordar el significado etimológico de la palabra liturgia, que por definición en su contexto original griego —primitivamente al margen del ámbito cristiano— significa "obra del pueblo". No es de extrañarse, entonces, que este término fuera acuñado posteriormente a la concerniente ritualidad en la Iglesia como obra de santificación que ejercita el pueblo de Dios en su conjunto: es el pueblo quien celebra, y así como no es posible concebir una Iglesia al margen de la comunidad, tampoco lo es concebir la liturgia celebrada exenta de la asamblea.

Surge entonces un interrogante: ¿acaso nuestras celebraciones litúrgicas son expresión de una Iglesia sinodal? A decir verdad, pareciera

que en muchos contextos la realidad está muy alejada del ideal. Desde el punto de vista de la forma, cuando hay una celebración litúrgica vemos allí reunido a un grupo de personas: en mayor o menor medida siempre hay asistencia de fieles. Sin embargo, no siempre las personas que se reúnen para la Eucaristía constituyen en modo estricto una asamblea litúrgica, como consecuencia de una falta de conciencia de su pertenencia a la Iglesia y, por ende, de un carente espíritu de comunión. Entristece como, al mejor estilo de los tiempos del preconcilio, muchas celebraciones se reducen a un monólogo del sacerdote y a la manera aislada como cada persona decide involucrarse en el rito. Sin caer en el riesgo de enjuiciar a nadie, hay quien privilegia el simple hecho de cumplir con el precepto, por encima de lo que esencialmente significa celebrar con otros que, por demás decirlo, representa una necesidad imperiosa para un concienzudo bautizado. Estas actitudes antisinodales las vemos reflejadas en situaciones muy concretas que van por ejemplo desde el desconocimiento, y el consecuente desinterés, de quienes comparten el lugar sagrado sin involucrarse entre sí, hasta lo que podemos denominar como una disonancia litúrgica, escenario en el que cada uno se mueve como quiere, canta como quiere y responde como quiere.

El mejor antídoto para vencer este lamentable panorama seguirá siendo una esmerada insistencia en la importancia y la necesidad de lo que la reforma litúrgica del Vaticano II ha subrayado con tanto vigor y que a su vez el Sínodo lo ha acuñado como parte esencial de su propuesta: el concepto de participación. Justamente una auténtica experiencia de sinodalidad, por ser expresión del pueblo de Dios en camino, tiene su punto culminante en la celebración de la Eucaristía: quienes toman parte en ella, de modo pleno, activo y consciente, superada toda forma de superficial ritualismo y aislados individualismos tan característicos de asambleas desmembradas y estériles, comprenderán que el misterio celebrado inevitablemente repercutirá en el modus vivendi de la propia asamblea, por demás ministerial, cuya experiencia de comunión rebasará los límites del espacio sagrado y se proyectará en el día a día de cada uno de sus miembros.

*John Álvaro
JIMÉNEZ CARVAJAL,
Pbro.*

**Una auténtica
experiencia de
sinodalidad tiene su
punto culminante
en la celebración de
la Eucaristía**



LITURGIA EN SALIDA

El Papa Francisco habla siempre de “Iglesia en salida”, expresión que ha tenido eco entre los pastores de la Iglesia y todos los agentes de pastoral. Con lo cual se quiere decir que la evangelización en la Iglesia ha de ser más misionera. Esto nos ha llevado a plantearnos si la liturgia que, según el espíritu conciliar, es cumbre y fuente de la vida de la Iglesia, tiene también un lugar de preferencia en nuestras opciones evangelizadoras.

'LITURGIA EN SALIDA' SIGNIFICA UNA BUENA PRÁCTICA LITÚRGICA QUE SEA BELLA, POTENTE Y CREATIVA

Hablar de 'liturgia en salida' podría hacer pensar dos cosas: que se trata de celebraciones fuera de los templos en sectores parroquiales, o también, que se trata de multiplicar las celebraciones litúrgicas en el continente digital para llegar a más personas. Sin embargo, 'liturgia en salida' significa una buena práctica litúrgica que sea bella, potente y creativa; pero, sobre todo, que sea capaz de mostrar a la gente la alegría de la fe, que les ayude a acercarse al misterio de amor que nos rodea.



De un lado tenemos que reconocer que muchas de nuestras prácticas y esfuerzos pastorales confluyen en celebraciones que son apenas una práctica de mantenimiento, con el consiguiente riesgo de rigidez, inercia, rutina o aburrimiento. Y, de otro lado, que pareciera que cuando celebramos la liturgia no todos estamos en sintonía porque hay un desconocimiento de los rituales y de la espiritualidad litúrgica, con el consiguiente riesgo de una creatividad desmedida.

A todo esto, contribuye la mentalidad pragmática y practicista del mundo moderno, el predominio de lo secular que admira lo racional y constatable y que lleva al hombre de hoy a tener dificultad para trascender o tener acceso al misterio. Con la pérdida de la capacidad de asombro, el ser humano de hoy ha perdido la capacidad de sentir y conectar con la hondura del misterio que subyace a la realidad.



El Papa Francisco sintetizaba el espíritu de la liturgia diciendo: “la liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios, dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio... Y esto es la liturgia, el tiempo de Dios, el espacio de Dios, la nube de Dios que nos envuelve a todos” (Homilía de Misa en Santa Marta, 10 de febrero de 2014). Por tanto, el espíritu de la liturgia es, en esencia, Dios salvando. “En la celebración entramos en el misterio de Dios, en esa senda que nosotros no podemos controlar; sólo Él es el único, Él es la gloria, Él es el poder” (Ibid).

Por todo ello, una “liturgia en salida” es una “liturgia auténtica, que no se reduce a gustos, recetas y corrientes; es decir, con capacidad para transformar a los que en ella participan”; donde pastores y laicos “aprenden cada vez mejor a entender su significado y el lenguaje simbólico, incluido el arte, el canto y la música al servicio del misterio celebrado, incluido

también el silencio” (Ibid). Lo dicho, requiere formación o renovación, tanto de los mismos pastores como de todo el pueblo de Dios.

Una liturgia en salida es una liturgia bella, cálida y cercana, lejos de meros formalismos y ritualismos sin alma, que no se celebra con el reloj en la mano como contando los minutos por asistir a una representación, que hace espacio al silencio evitando celebraciones ruidosas y agotadoras, pues el silencio sagrado es el lugar donde podemos encontrar a Dios. Una liturgia que busca renovados modos de manifestar el misterio de la presencia del Señor entre nosotros, que deja notar que es algo distinto de otras formas de nuestra devoción, como el pesebre en navidad o el viacrucis en semana santa. Una liturgia que es memoria de la historia de la salvación más que un acto de culto propio del ejercicio religioso individual. Una liturgia que pone en escena la acción salvadora de Cristo, siempre actual, a través de gestos y palabras bien realizados. Una liturgia que da gloria a Dios, que ocupa el primer puesto y que impulsa a acercarse misericordiosamente al ser humano porque es una experiencia de encuentro con el Señor y con los hermanos. Una liturgia que cambia el corazón. De aquí afirmamos que la música litúrgica debe corresponder con esta intención.

*José Antonio
ZAPATA NOLE,
Pbro.*

CAMINAR JUNTOS EN DIVERSIDAD

ORANTE

“La oración “sacerdotal” de Jesús (Cf, Jn 17) ocupa un lugar único en la Economía de la salvación. Esta oración, en efecto, muestra el carácter permanente de la plegaria de nuestro Sumo Sacerdote y, al mismo tiempo, contiene lo que Jesús nos enseña en la oración del Padre Nuestro” (Catecismo 2604).

El Catecismo cita este pasaje del Evangelio, dado que nuestro Maestro de oración, en el momento más sublime de su despedida oró diciendo: “Te pido que todos sean uno, así como tú y yo somos uno, es decir, como tú estás en mí, Padre, y yo estoy en ti. Y que ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno”. (Jn 17, 21-23). Y la Iglesia, comunión de sus discípulos, ha reconocido esta oración ‘por’ y ‘en’ la unidad espiritual.

Es la oración, la experiencia de unidad con el Padre, de encuentro con el Hijo y de docilidad al Espíritu, pero también la experiencia de encuentro con-los-otros, que son hermanos, que oran de diversas maneras, porque tienen rasgos diversos, viven situaciones distintas y han aprendido a dirigirse a Dios en multiplicidad de contextos. Se puede decir que hay tantas formas de orar como orantes.

Así, la diversidad de oración es una riqueza en la espiritualidad de la Iglesia. Pretender una única o exclusiva forma de orar es desconocer la riqueza del Espíritu y la multiplicidad de rasgos

**SINODALIDAD ES
TAMBIÉN CAMINAR
JUNTOS EN LA
DIVERSIDAD ORANTE**

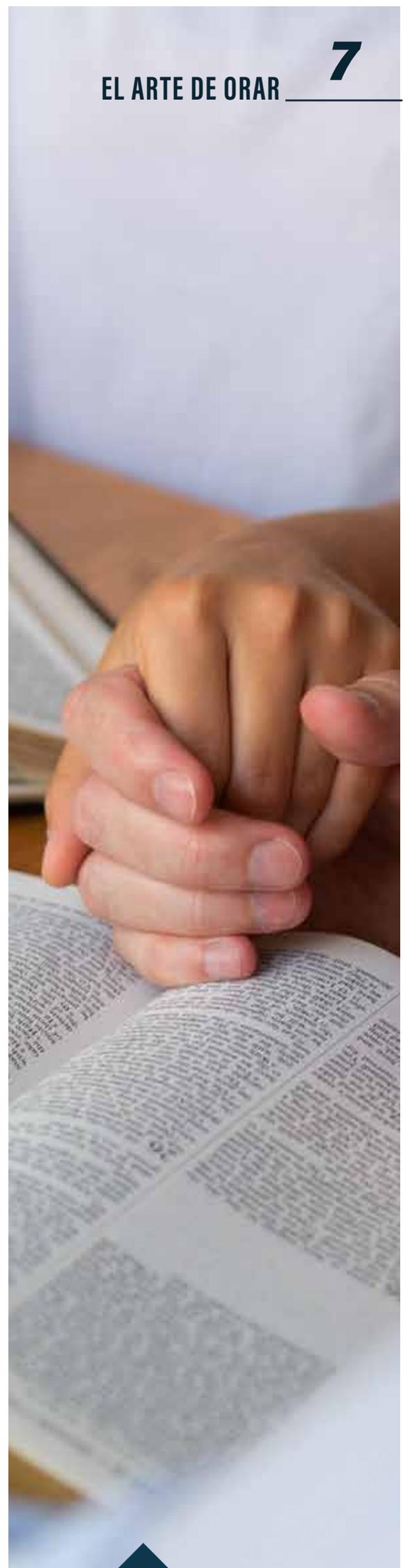
La oración es experiencia de encuentro con-los-otros, que oran de diversas maneras.



Se puede decir que hay tantas formas de orar como orantes.



La diversidad de oración es una riqueza en la espiritualidad de la Iglesia.



Todos están llamados al peregrinaje espiritual por la diversidad de formas orantes.



Un fruto sinodal será reconocer esta diversidad orante.



El sínodo está relacionado con el arte de orar que se enriquece en la diversidad.

humanos creados por Dios para elevarse a Él: entre quienes habían ido a Jerusalén el día de Pentecostés había diversidad de pueblos; y allí se confirmó la unidad orante en la diversidad de lenguas, de estilos, de modos, de tradiciones.

Sinodalidad es también caminar juntos en la diversidad orante: alabanza y acción de gracias, petición e intercesión, adoración y contemplación, silencio y experiencia mística. Todos están llamados al peregrinaje espiritual por la diversidad de formas orantes, todos encuentran periodos de estabilidad en un modo de dirigirse a Dios, todos experimentan periodos de sequedad orante, todos están llamados a la experiencia mística en el encuentro íntimo del silencio contemplativo.

Una forma de acompañar el Sínodo es orar juntos en diversidad; un fruto sinodal será reconocer esta diversidad orante; un signo de este caminar juntos será dar gracias por las asambleas de alabanza con toda su alegría, por las horas santas de adoración en

silencio ante el Santísimo; por las prácticas meditativas cada vez más difundidas en la Iglesia, y por tantos esfuerzos evangelizadores para caminar juntos en diversidad orante.

En este tiempo sinodal "algo nuevo ya está en marcha, ¿no lo notan?" (Is 43,19), y también está relacionado con el arte de orar, que, como todo arte, se enriquece en la diversidad. Sí. Está emergiendo, de esta manera, la urgencia de una Escuela Arquidiocesana Abierta de Oración, en la que los fieles puedan experimentar con libertad los caminos que los conducen al encuentro con el Señor; caminando juntos en diversidad orante.



**PRETENDER
UNA ÚNICA
FORMA DE
ORAR ES
DESCONOCER
LA RIQUEZA
DEL ESPÍRITU**

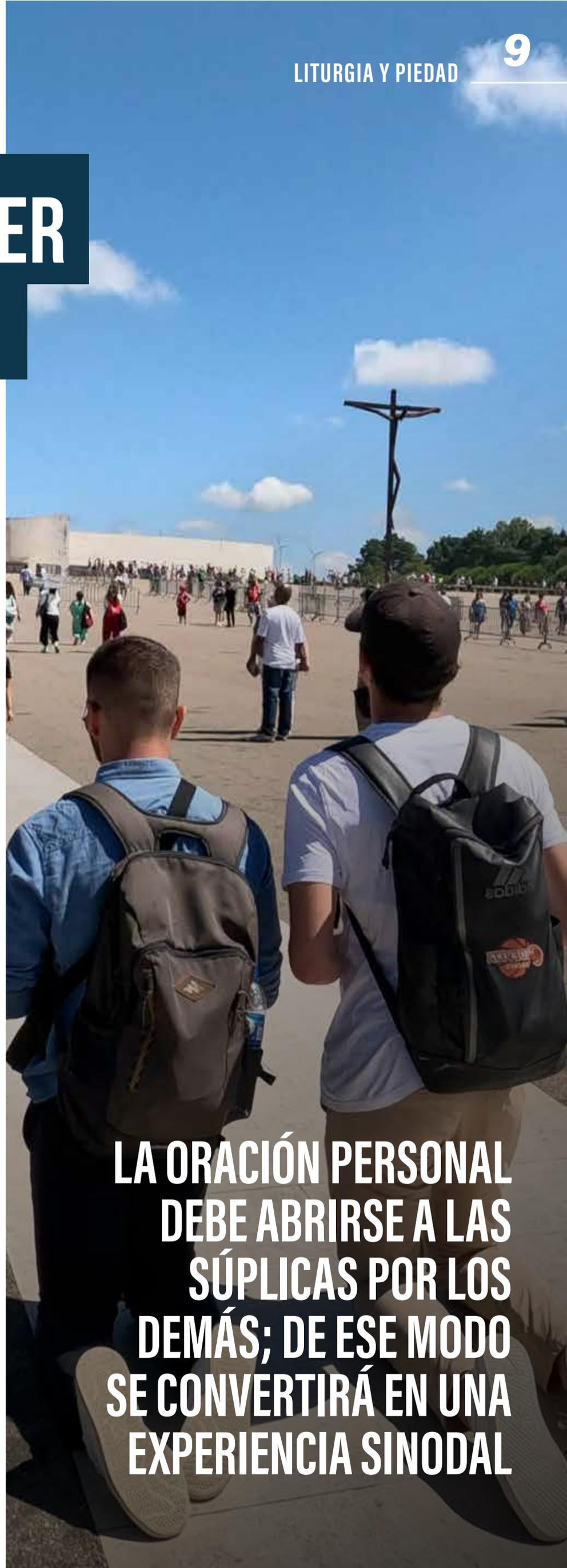
*Víctor Ricardo
MORENO HOLGUÍN,
Pbro.*

LA ORACIÓN PERSONAL DEBE SER TAMBIÉN SINODAL

La espiritualidad sinodal, “como lluvia que cae del cielo para empapar la tierra, fecundarla y hacerla germinar, hasta que dé semilla y pan al que come” (Cf, Is 55,10), pretende ser, en nuestro contexto eclesial arquidiocesano, la fuerza que inspire el modo de ser de los discípulos misioneros. Representa el espíritu del evangelizador y lo implica en todas las acciones de su vida: en su oración personal, en su cotidianidad y en su quehacer evangelizador, por lo que nada en él puede quedar ausente de esta espiritualidad. Apliquemos este carácter sinodal a la oración personal.

La oración personal y privada es la elevación del alma a Dios, por la que el creyente se reconoce hijo amado del Padre, redimido por el Hijo y animado por el Espíritu. Es el encuentro espiritual cotidiano en el que la persona se une a su Creador, le habla, le alaba, le súplica, le agradece y le escucha, pues su camino en la fe le ha enseñado que a Dios se le ora sin desfallecer.

Santa Teresita del Niño Jesús definía la oración de esta manera: «Para mí, la Oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en medio



LA ORACIÓN PERSONAL DEBE ABRIRSE A LAS SÚPLICAS POR LOS DEMÁS; DE ESE MODO SE CONVERTIRÁ EN UNA EXPERIENCIA SINODAL

del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús» (autobiografía C25r). La oración, por tanto, manifiesta los deseos más profundos del ser humano, que lo hacen salir hacia el encuentro con Dios.

En la oración el creyente abre su vida personal a Dios: le habla de sus sentimientos, de sus alegrías y de sus preocupaciones. Es, en el fondo, el encuentro de su humanidad con la divinidad de su Creador, del hijo con su Padre. Y la profundidad de esta oración dependerá de la fe y de la confianza que el creyente tenga en Dios.

Ahora bien, el motivo de la oración no se reduce simplemente a las necesidades individuales del creyente, por lo que debe estar abierto también a la súplica por los demás. La oración no puede convertirse en un mero ensimismamiento para olvidarse del prójimo, sino que debe abrirse a las súplicas por los demás; de ese modo se convertirá en una experiencia sinodal, de compañeros de camino que se preocupan los unos de los otros. Y es que toda oración cristiana impulsa hacia afuera y remite constantemente al amor por el prójimo, por el mundo, por la humanidad entera —ejemplo de ello es la Eucaristía—, por lo que resulta ser una acción sinodal capaz de superar toda individualidad, sin negarla.

Una Iglesia sinodal se funda en el reconocimiento de la dignidad común que deriva del bautismo por el que todos somos hijos de Dios, miembros de un solo cuerpo y llamados, cada uno, a actuar en favor de los



demás. En este orden de ideas, no se puede entender una Iglesia sinodal si no es en el horizonte de la comunión, y la comunión se realiza también en la oración. Por eso, nos apremia a todos los hijos de Dios hacer de la oración personal, con mayor frecuencia, una súplica por el prójimo. El santo rosario, la novena de devoción, la oración personal espontánea, la súplica ante el Santísimo Sacramento y la oración de fieles de la Misa deben testimoniar la sinodalidad en la Iglesia, para hacer más evidentes las palabras del Señor Jesús: «Padre, que todos sean uno como tú y yo somos uno» (Cf, Juan 17,21).

*Wilson
COBALEDA CÁRDENAS,
Pbro.*

LOS MINISTERIOS (SERVICIOS) EN CLAVE SINODAL

*"Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común".
1 Cor 12, 4-7*

En la Iglesia, servidora por naturaleza, se vive la ministerialidad pues toda ella es ministerial, ya que, con distintas funciones, tareas, oficios, todos los bautizados en la Iglesia tenemos una misión, una tarea, un algo que hacer. Y esto se vive y se expresa de manera muy especial cuando la Iglesia celebra la liturgia. En el marco de la sinodalidad, tema que ocupa la atención y la reflexión de toda la Iglesia por estos días, se entiende mejor el sentido de la participación litúrgica, en donde se expresa de manera muy fuerte cómo los miembros de la Iglesia vamos caminando juntos como pueblo de Dios.

Estando ya claro que la sinodalidad es una manera de ser Iglesia, la manera que Dios espera para estos tiempos que vivimos, y habiendo sido una característica suya desde siempre, vemos la diversidad en que se manifiesta

esta riqueza en la multiplicidad de tareas y servicios en el campo de lo litúrgico con los ministerios ordenados e instituidos y otros múltiples servicios, como se ha reflexionado en otros momentos.

Además, los ministerios en la Iglesia se entienden desde la espiritualidad del servicio. Todo ministerio en la marcha del Pueblo de Dios es para estar disponible al servicio de los hermanos, no se concibe un ministerio si no es para servir, pues es la esencia de todo ministerio y expresión de auténtica vida cristiana. La Iglesia sinodal es, entonces, la que sirve. Por tanto, ministerialidad y sinodalidad son dos términos y realidades eclesiales que se complementan e identifican y son mutuamente reveladores.

En este tema específico el papa Francisco es reiterativo y enfático al afirmar que todos los ministerios son



formas de servicio a los demás: “Todos los ministerios son expresión de la única misión de la Iglesia y todos son formas de servicio a los demás. En particular, me gusta subrayar que en la raíz del término ministerio está la palabra minus, que quiere decir “menor”. Jesús lo había dicho: el que manda que se haga como el más pequeño” (Discurso al Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, 22 de abril de 2023).

Entendiendo que la liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo y que como pueblo sacerdotal que constituimos todos en virtud del bautismo, vivimos esta dimensión sacerdotal en el ofrecimiento existencial de la vida “como hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rm 12,1), y superamos el concepto de ministerialidad reducido solamente a los ministerios ordenados o instituidos o referidos al campo de lo litúrgico y valoramos la participación de todos los miembros de la Iglesia en la multiplicidad

de tareas que expresan la participación en la triple función sacerdotal, profética y real del Señor. Aquí también surgen las características de comunión, participación y misión que identifican la sinodalidad de la Iglesia, ese carácter sinodal que es, en palabras de Francisco hace pocos días, “como una sinfonía, en la que cada instrumento brinda su propia contribución, a veces solo, a veces unido a algún otro, a veces con todo el conjunto, diversidad necesaria e indispensable, pues cada sonido contribuye al bien común” (Consistorio 30 de septiembre). Dios nos ayude, entonces, a ser Iglesia sinfónica y sinodal y a embellecer su rostro con el servicio generoso y comprometido que cada cual pueda realizar sin auto referencialidad o protagonismo alguno.

*Néstor Fernando
PEÑA RODRÍGUEZ,
Pbro.*



**TODOS LOS MINISTERIOS
SON EXPRESIÓN DE LA
ÚNICA MISIÓN DE LA
IGLESIA Y TODOS SON
FORMAS DE SERVICIO A
LOS DEMÁS**

CAMINO DISCIPULAR MISIONERO

PARA SEMBRAR LA ESPERANZA, CULTIVAR LA FE Y COSECHAR LA CARIDAD

Son profundas e inéditas las transformaciones que vive el mundo contemporáneo.

Asistimos a un verdadero cambio de época que nos impacta a todos y en el que experimentamos perplejidad, confusión, temor e incertidumbre.

La nueva fisonomía del mundo no termina de definirse. Tenemos la impresión no solo de no saber hacia dónde vamos, sino de ser incapaces de acordar hacia dónde queremos ir como familia humana. Son muchas las fuerzas en tensión y confrontación. La polarización parece extenderse por todos lados, situación que dificulta, aún más, pensar juntos un proyecto común de humanidad. Las dinámicas globales condicionan gravemente las locales y los procesos locales parecen tener muy poca incidencia sobre los globales.

La Iglesia, inserta en este mundo en mutación, sufre también su impacto y se descubre llamada y desafiada a redefinirse y a encontrar nuevas maneras de ubicarse en él para proponer y vivir su misión.

Nos acompañan la fe y la confianza en la presencia del Espíritu de Jesucristo resucitado que actúa en la historia y guía a la Iglesia. Se impone el discernimiento personal y comunitario para encontrar las luces y los senderos del Espíritu.

Precisamente el Santo Padre Francisco nos ha convocado al Sínodo sobre la Sinodalidad para redescubrirnos como Pueblo de Dios en camino,

llamado a ser sal de la tierra y luz del mundo (Cf. Mt. 5. 13 -16).

Nosotros, como arquidiócesis de Bogotá, seguimos atentos a discernir y a responder a los llamados del Espíritu en nuestra propia realidad e historia. Después de la pandemia y en medio del malestar social que se respira, tomamos en serio el estilo sinodal de ser Iglesia, buscamos caminar juntos, estamos abiertos a la conversión personal, comunitaria y pastoral, a la transformación de nuestros modos de ser Iglesia.

Al revisar y valorar los intentos evangelizadores anteriores, nos "levantamos" de nuevo y nos ponemos en camino para seguir evangelizando.

Fruto de la fase diocesana del Sínodo sobre sinodalidad y de nuestro discernimiento sobre nuestra realidad eclesial y social, tomamos 4 decisiones que orientan actualmente nuestro esfuerzo evangelizador. Para desarrollar estas decisiones hemos trazado y propuesto un camino por recorrer juntos que hemos llamado "Camino Discipular Misionero". A través de este camino, en la marcha, nos fortalecemos como discípulos misioneros, salimos y proponemos el evangelio: nos encontramos con Cristo que va a nuestro lado, nos hacemos presentes en nuestra ciudad región, damos testimonio del amor sanador de Dios y de una vida con sabor a evangelio (Cf. *Fratelli tutti* 1), actuando como el fermento en la masa.

En este camino sembramos la esperanza, cultivamos la fe y cosechamos la caridad.

Creemos que, al caminar juntos, el rostro de nuestra Iglesia se hará más sinodal. Nuestro horizonte es la transformación sinodal de nuestra Iglesia particular que, como pueblo de Dios, camina con Jesús hacia el encuentro con Dios Padre, al lado de los habitantes de nuestra Bogotá región.

Mientras vamos de camino, siguiendo a Jesucristo —Camino, Verdad y Vida—, vivimos la perspectiva jubilar de la vida cristiana que sabe en medio de las crisis del tiempo presente reconocer el kairós de Dios; un nuevo comienzo, signo profético de la nueva creación. A ejemplo de María sigamos, alegres y esperanzados, en el camino.

+ Germán Medina Acosta
Obispo Auxiliar de Bogotá
Vicario de Evangelización



CAMINO DISCIPULAR MISIONERO PARA SEMBRAR LA ESPERANZA, CULTIVAR LA FE Y COSECHAR LA CARIDAD



NUESTRO HORIZONTE ES LA TRANSFORMACIÓN SINODAL DE NUESTRA IGLESIA PARTICULAR QUE, COMO PUEBLO DE DIOS, CAMINA CON JESÚS HACIA EL ENCUENTRO CON DIOS PADRE, AL LADO DE LOS HABITANTES DE NUESTRA BOGOTÁ REGIÓN



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración*

INTERACTÚA CON NOSOTROS POR MEDIO DE NUESTRAS REDES



liturgiayoracion@arquibogota.org.co



www.coordinacionvidaliturgiayoracion.arquibogota.org.co

Si deseas apoyarnos te invitamos a realizar una donación:
Cuenta Corriente Banco Caja Social N° 21500303066 a nombre de la Arquidiócesis
de Bogotá NIT. 860.021.727-6